

quiso incorporarse; pero la debilidad le ató á la tierra. Aquejábale devoradora sed, y solo tenia para apagarla, su sangre. El duro suelo era bien despiadado para su cuerpo; y espeso polvo se habia pegado á su herida; acrecentando su martirio. Arriastrabase como la culebra, de la cual tuvo la astucia; y heria el suelo con las uñas como la hiena; cuya ferocidad es de poca monta, comparada con la ferocidad del usurero. Renegaba de la naturaleza para él tan despiadada; de los hombres, objeto eterno de sus iras; y hasta de Dios; refugio y consuelo del que huye del mundo y de los hombres.

Al verse sin amparo en su dolor se crisparon sus miembros; adquiriendo tal fuerza, que fue parte para levantarle de su postracion; mas al querer dar un paso, volvió á caer sobre el pavimento; lastimándose dolorosamente; y dando nueva intensidad al dolor de sus heridas.

A un lado estaba su sangre coagulada, al otro corría líquida, y ennegrecida; formando en algunos puntos negruzcos remansos.

Entonces conoció que su muerte era indudable; y quiso alzar la voz; pero el pecho le negó aire; y auxilió la garganta. Amarga soledad le acompañaba. Ni tenia con él una mano amiga que le estancase la sangre; ni oía un sollozo que le ayudase á sobrellevar el peso de su triste suerte. Su viciada naturaleza reveló todo lo que tenia de humana en el instante; en que la humanidad solo es dolor. Volvió á pugnar por alzarse. ¿Mas qué podía esperar? Sus ojos estaban faltos de luz; la inteligencia se apagaba en su frente; sus pulmones no podían recorrer un aliento de aire; ni sus labios murmurar un quejido.

Era la agonía espantosa; que precede á la muerte de un criminal. Los males que habia hecho, se levantaron en tropel ante su espíritu; burlándose de sus congojas. Le parecía que las lágrimas de una viuda caían sobre sus heridas; arrancando nuevos dolores á su desfallecido cuerpo. En estos momentos vió dibujarse en la pared la sombra de una mujer hermosísima. Suelto el cabello; pálidas las mejillas; mostrando el corazón, que brotaba raudales de sangre. Era María. Aquella aparición colmó sus remordimientos. Aquella sangre fue el único brevaie concedido á su devoradora sed; y se abrevaba en ella como si fuera el néctar de la vida; pero aquel imaginario licor cual plomo derretido; canceraba su pecho, y sus entrañas. No podia sufrir mas: que tambien hay límites para los sufrimientos; y una vez excedidos, la naturaleza cae rendida en brazos de la muerte.

Don Braulio dolorido por sus heridas, desesperado con sus ideas, perseguido por sus remordimientos, atenaceado por su dolor, deseó la muerte con vivas ansias; y como si el tormento pudiera llenar su desvariado deseo; cogió con ambas manos un pequeño taburete, y rugiendo rabioso golpeóse con una de sus puntas la destrozada frente; pero las fuerzas le abandonaban, y no pudiendo maltratarse mas, clavó furioso las uñas en las profundas llagas, y espiró.

CXIV.

No sé por qué mis ojos se han fijado en esa palabra «*espiró*» que corona el capítulo anterior. La muerte es fascinadora como la serpiente. Sus fauces abiertas á nuestros piés siempre, son el abismo, á donde van á parar todas las emanaciones de nuestro ser. El amor, es olvido; la felicidad, humo; la vida, sueño; la gloria, ilusión; lo pasado, nada; y nada lo porvenir; ó mejor dicho; todo es muerte. Reina de los mundos, recostada sobre el espacio, cuenta las palpaciones del corazón de la humanidad, los destellos de la corona de los astros. Encerrada la muerte en todos los misterios, es el secreto de la naturaleza. La tierra busca

en su inmortal carrera, un sepulcro que la albergue, un sudario que la envuelva. Los astros buscan entretanto en sus círculos la nada. Nace la flor, y sacude su corola como si amase el no ser. Solo el hombre quiere sobrevivir á la flor que se marchita; al astro, que se apaga; á la tierra que se hunde; al tiempo que le cuenta en su reloj los instantes de su ser; al espacio que le rodea; y sobrevivirá; porque su esencia es la idea, y su idea es Dios. ¿Dónde está fuera de la humana mente, la luz? ¿Dónde, fuera del hombre, la ley que rige á los mundos? ¿Quién, sino el hombre, se ha levantado en alas de las ideas hasta el principio de todo ser, hasta la esencia de todo pensamiento, y quién, sino el hombre, ha concebido la negacion y la nada? Si, si, la muerte no existe. Es un delirio de la razon. Es puro ensueño, que ha forjado para probar su omnipotencia la mente. Fantasma, que tememos y buscamos, se rie de nosotros, y sin embargo, no es. El hombre se burla de sí mismo; y para burlarse, ha inventado ese inmenso poema satirico, que se llama *muerte*. Como en las magníficas catedrales de la edad media, el escultor, que con su cincel bordaba la piedra, trazando cielos, retratando ángeles, al pié de su hermosísima obra, que aun deslumbra nuestra admiracion cansada de tantas maravillas, como han llegado los siglos á los siglos, grababa un genio, sarcástico y horrible, que se reía de su magnífico trabajo, tal el hombre, al pié de sus obras de arte, de sus bellos pensamientos, ha puesto la muerte: que si no luchara con ese fantasma de su razon; fuera Dios el hombre. ¡Morir! palabra que no entiendo; ¡morir la humanidad, cuando ha ceñido á sus sienes la corona de la inmortalidad, cuando ha levantado y convertido en ruinas á Ninive, Babilonia, cuando ha pulsado la lira de Homero y el arpa de David, cuando ni el vicio con su poder ha podido domarla, ni la felicidad con su halago vencerla, cuando lleva en su razon la fuente de la vida, que es la idea, y realiza en el espacio la santa ley del progreso. Solo el hombre encenagado en el vicio, puede morir. Cada crimen es una negacion; cada negacion anula una facultad en nuestra inteligencia, un sentimiento en nuestro corazón. Hasta que llega un punto, donde el hombre encuentra su infierno. ¡Infeliz usurero! ¡Había cavado con sus propias manos su eterna sepultura!

CXV.

Era una tarde tristísima. Espesas nubes velaban la risueña faz del sol. Cerca de las abandonadas tapias de San Bernardino que bien dan entender con su soledad cuán próximo halla el mezquino asilo de la miseria, paseaba Ernesto, entregado al horrible combate de sus negros pensamientos. ¿Por qué, decía para sí nael predestinado para la desgracia? Al poner el pié en la escala del tiempo, cayó sobre mi frente una maldición de Dios. Ni siquiera ostento en la frente el dulce beso de mi dulce madre. Me abandonó la cuidada como si conociese la inmensa desgracia que me habia regalado al regalarme la vida. No he merecido jamás una caricia de mi padre. Amé á un ángel, y huí de su presencia como arrastrado por la fatalidad. Busqué gloria, y solo encuentro el desprecio de los hombres. Llamé á la muerte, y ni siquiera la muerte oyó mis quejas. Creí á una mujer digna de mi amistad y era como hermosa estatua profanada por el vicio. Mi familia tejó una corona de espinas para mis sienes. Llevo una lira en la mano, y nadie quiere escuchar el eco de sus sonidos. Amo á la humanidad, suspiro por su redencion, y la humanidad ni siquiera sabe mi nombre; y vivo en un mundo, donde no encuentro, ni ocasion para lanzarme al martirio. ¿Para qué este fuego en que se abrasa mi alma? ¿Por qué Dios mio,

encendiste en mi mente la inteligencia? ¡Oh, si al menos no tuviera los ojos del alma para contemplar mi tristísima miseria! Si ahora encontrara la muerte.... Pero ¿que es morir? Morir, sin dejar un recuerdo en la memoria de los hombres, sin haber realizado uno de esos pensamientos, que me poseen, sin ver amanecer el día de la regeneracion de la tierra, sin dar mi vida por la causa de la libertad, que necesita torrentes de sangre para alcanzar su triunfo, morir sin el amor de Dios, sin la gratitud de los hombres!.... ¡Oh! es imposible.

¿Qué alcanzaré con vivir? La gloria. Y aunque fuera mi imaginacion tal como la pinta mi deseo, no lograra nunca esclarecer con un rayo de luz la conciencia del hombre, secar una lágrima, vivir un instante en lo porvenir; atravesar, llevado por el agradecimiento de los hombres, el breve espacio de esta cortísima vida que se desborda, del empañado vaso que la contiene, y.... Oh, ¿qué soy? Ni lo se. Invoco mi conciencia, y no sabe responderme. Soy por ventura el centro de la creacion? Estas ideas, que como ángeles perdidos en la inmensidad, se levantan en el desierto de mi árida inteligencia son verdades ó son ensueños?

¿Hay un mundo real que esté en armonía con el misterioso mundo, que encierra el secreto santuario de mi alma?

¿Existen ó no estos átomos de materia, que ruedan como confuso torbellino en torno de mis sienes agitadas por el demonio de la duda? ¿Quién sabe? todas estas sensaciones, que pasan, huyen, se desvanecen en mi espíritu, seran empeños del acaso, que juega á su arbitrio con nuestro pobre y desvalido espíritu? ¿Pero como yo perecedero me levanto á lo eterno, como arranco sus velos á la naturaleza, y puedo en el crisol de mi entendimiento descubrir la esencia de la materia, clasificar los vivientes arrojados en desórden por la mano de Dios, seguir en su inmortal vuelo á los astros, y obligarles á contarme sus secretos, sus leyes... si no soy, ¿cómo en mi mente se refleja con luz tan nueva y clara todo cuanto es? Estalla mi cerebro. ¿En qué creo, en que espero? ¡Ah!

DE TODO, NADA; DE TODOS, NADIE.

CXVI.

En tanto que meditaba Ernesto de esta suerte apareció Eusebio.

- ¿Cómo solo?
- Traígote una buena nueva.
- ¿La muerte?
- ¿Crees aun posible nuestro desafío?
- Lo espero ahora mismo, y estoy para él apercebido.
- No seas loco.
- Jamás estimé locura cumplir con mis deberes.
- ¿Qué te va en la honra de Eugenia?
- Es una dama.
- Pasaron los tiempos de andante caballería.
- El honor es inmortal; son sus leyes eternas.
- No tal. Leyes son esas sujetas al misero arbitrio de nuestro deseo.
- Acaso sea así para el hombre, que tiene en poco precio su honra.
- Ríete por piedad de esas vanas sombras que oscurecen tu claro entendimiento.
- ¡Eusebio! ¡Eusebio! Me duelen en el alma tus palabras.
- ¿Por qué?
- Porque al oírte desespero de la humanidad.
- Acuérdate la célebre frase «No todo lo verdadero es verosímil.

—¿Es posible que sufras tamaña afrenta?

—Tu mano, Ernesto, honra el rostro que hiere.

—Tu palabra, Eusebio, mancha los oídos que la escuchan.

—¡La sociedad de hoy no para mientes en la deshonra! Si quieres acompañarme á los salones del gran mundo, verás ministros dilapidadores honrados como dioses, y mujeres adúlteras distinguidas y acatadas cual pudorosas vírgenes.

—Tienes razon; quizá sea el placer la única verdad que existe en la tierra.

—¿Y lo pudiste dudar? No ves como se enciende la sangre, cuando corremos en pos de una venturosa beldad que provoca al amor con sus gracias.

—Es verdad. Amar suspirando, gimiendo, no es amar. El amor existe en la materia. Es la atraccion. El espíritu tiende á la soledad. Para el espíritu, fuera de él nada existe. El cuerpo, solo el cuerpo ama. Y la embriaguez, los vapores que suben á la cabeza y la conmueven y la trastornan, y pintan aquellos hermosos cuadros que vemos dibujarse en los aires... y

Tienes razon Eusebio. ¡Oh! Quiero el placer; que tiene en sus manos el sudario del olvido.

—¡Pues! ¿Y un baile? Allí es de ver la hermosura fascinadora envuelta en una atmósfera de aromas teñida por el dulce resplandor de las bujías, que aumentan sus encantos, ceñidas de gasas vaporosas como la ilusión, entreabriendo sus sonrosados labios para dejar escapar un suspiro, que no por mas mentido, es menos hechicero: que al fin sueño es la vida, embriagador y dulce.

—¿A qué llorar? ¿A qué correr en pos de ideas que se desvanecen, de pensamientos que no son? Convento contigo. Si, si; la vida es vana sombra si no la dora el placer. Serás mi mentor: llevarásme de salon en salon, de orgia en orgia y quizás logre matar este dolor que me devora.

—Al menos perderás ese romanticismo que por lo viejo espanta, y por lo ridículo, rebaja.

—He intentado siempre buscar la verdadera esencia del alma, el verdadero objeto de la vida. ¿Qué te parece? ¿Es el pensamiento?

—No: que atormenta.

—¿El amor?

—Cansa.

—¿La ciencia?

—Aturde.

—¿La política?

—Mata.

—¿La ambicion?

—Engaña.

—¿Dios?

—Está muy lejos.

—¿La virtud?

—Esa se guarda para la vejez.

—¿La amistad?

—Solo vale para soñada.

—¿La gloria?

—Cuesta muy cara; se adquiere con el genio; se paga con la muerte.

—¿Vivir no es hacer bien?

—Segun eso, Jesucristo debió morir por vivir. Acuerda siempre ese ejemplo.

—Pero ¿y la inmortalidad? Eusebio.

—Esa idea es hechura de nuestro desvariado é impotente orgullo.

—Calla por piedad, Eusebio; tus reflexiones me asesinan.

—Nunca fue grata la verdad.

—¿Y es posible que el hombre, creador como es de tantas maravillas se vea entregado al desvario del placer para siempre?

—¡Creador! Vana palabra hija tambien del orgullo. Nada ha logrado crear tras tantos siglos como corriendo en pos de la materia ó de la idea intenta forjar en

su crisol metales, y en su mente nuevos y deslumbradores sistemas.

—¿De suerte?

—Que no te queda otro recurso que darte al mundo.

—Si: voy á seguirte.

—Brillarás en los salones que el ingenio es como el sol.

—Desde este punto fuera pensamientos, fuera recuerdos de ayer. A vivir, vivir.

—¿Y qué es vivir? volvió á preguntar con sarcástica sonrisa, Eusebio.

—No lo sé, contestó Ernesto con despecho, cortado en su loco arrebató por la siniestra pregunta de su primo.

—Hé ahí como vienes llevado de la razón, á convenir conmigo, en que todo pensamiento es como sombra vana.

—¿El cerebro se gasta y despues que alcanza? Los pueblos siguen lamiendo las cadenas que les forjaron los reyes, las lecciones de los sabios no son bastantes para alzarlos á la libertad que por derecho inagenable les pertenece, la sangre vertida por tantos mártires no ha podido teñir aun su manto de rey, ni sus victorias han logrado fijar con las espadas de los tiranos vencidos, un cetro que alcanzase á herir la frente de sus eternos enemigos. ¿De suerte?

—Que abandonar esos pensamientos es vivir. Vamos vamos á buscar por do quier la vida.

—Veámos el mundo, dijo Ernesto.

Y como si quisiese alcanzar acercándose á su primo la aturdida indiferencia de los hombres dados á festines y placeres, se sonrió triunfante, sin parar mientes en que solo había alcanzado encadenar el dolor, mas no matarle.

CVI.

Despues de castigar Antonio con la inflexibilidad del juez y con la indiferencia del verdugo los horribles desmanes del pérfido usurero que había, en pro de su lucro, arruinado tantas familias, trató de verter el bien sobre la frente de los infelices privados por la usura del sustento, como había vertido, mal aconsejado por su furor, la sangre de un criminal.

Tenemos ideas muy erróneas sobre lo justo, nacidas de vulgares preocupaciones. ¿Qué crimen por terrible que parezca es acreedor á la muerte? Ninguno. El bello ideal de la justicia es inspirar al mismo criminal horror al crimen. ¿Y se le inspira por ventura tal horror con la muerte? No, mil veces no. El criminal en capilla ve solo su próximo fin, oye rechinar á lo lejos el instrumento fatal que ha de imponerle un castigo semejante á su crimen, saborea las últimas gotas del amargo licor de la vida para escupir hiel á la frente de la sociedad, pone su pensamiento en lo incierto de su futura suerte, y á fin de ahuyentar el fantasma del miedo, ahoga sus remordimientos y duda de la existencia de su alma: el afán de vengarse arde en su seno, el odio á las gentes le asalta, la compasión le asesina: en su deseo aniquilaria en aquel punto al mundo y la creación; secos sus ojos, endurecido su corazón, nublada su conciencia cae en la eternidad maldiciendo á los hombres y renegando de Dios; y es porque nada hace tan horrible el vicio como la imagen de la virtud; nada alcanza conmovier al hombre por su mal sumido en el crimen, como el consolador rocío de la misericordia y el dulce balsamo de la esperanza; y ni el verdugo con su tétrica faz, ni el cadalso, ni la muerte, ni la sociedad, que se agita para contemplar al infeliz condenado á la última pena, recuerdan otra cosa que venganza, ni suspiran otro sentimiento que negro y triste odio. Confesamos ingenuamente que no es aquesta acasion oportuna

para predicar contra la pena de muerte; pero no es bien que todo venga por sí á las manos; antes es bien que aquello que no venga, lo traigamos.

Decidme, ¿por qué renuncia la sociedad á convertir al bien á un desgraciado? ¿Cree acaso que le solicita al crimen una fuerza superior á su voluntad? Entonces; que es de la ley, sino hay albedrio? que es el castigo? No hay duda que la voluntad se mueve aconsejada por la inteligencia. Si esclareciéramos con una educacion la mente de los niños, que en sus primeros años están imposibilitados para el trabajo material; si mostrándoles altos ejemplos les hiciésemos concebir amor á la virtud, por ser virtud, y odio al crimen, por ser crimen, tal vez no veríamos tantas veces manchada con sangre la justicia humana. Pero no queremos darnos á estas reflexiones, porque los tiempos andan mal y es facilísimo que encontremos en premio de nuestros buenos deseos algun calabozo.

CVIII.

Llegado Antonio á su aposento, pasó á ver á María para devolverle su joya y darle socorro con los billetes extraídos de casa del usurero.

—Pálido vienes, Antonio, díjole la jóven.

—No tengo nada, nada.

—Pues tu semblante está demudado.

—¿Tenemos derecho á usurpar en la tierra el papel de la Providencia, María?

—¡Extraña pregunta!

—¿Quién sabe á dónde puede conducir el desvario de la indignacion?

—No te entiendo.

—Si, mejor es que no me entiendas. Toma tu joya.

—¿Como! ¿No la empeñaste?

—Es inútil.

—¿Qué te pasa? No encuentro traza de entenderte.

—Tengo dinero.

—¿De dónde lo has sacado? pregunta María con horror.

—No debes saberlo.

—¿Ya no eres mi amigo?

—Dejaría de serlo si lo supieras y.... ¡te amo tanto!

—Antonio, por compasion, ¿qué has hecho?

—Nada, nada.

—¿Insensato! ¿has cometido un crimen? exclamó María cayendo de rodillas y levantando los brazos al cielo.

—No, jamás... no.

—¿Por qué traes tan demudado el semblante?

—El culpable no merece misericordia, decia entre dientes.

—¿Has, por ventura, penetrado en el fondo del alma del culpable? ¿Sabes si hay allí ocasion á remordimientos y deseos de esclarecer la nublada conciencia? ¿Has pensado en eso?

—Tienes razon; pero de nada me remuerde la conciencia.

—Si, si, oyeme...

Antonio: Puede tener consecuencias funestas ese odio que contra los hombres te aqueja.

—Es verdad. Como nadie me compadeció jamás, no conozco la compasion. Como arrastro la pesada cadena de un delito que no cometí, me enciendo en ira al ver tantos delitos impunes.

—¿No te acordabas de mí?

—Mira, no te desesperes, María. No me hagas mas infeliz de lo que plugo á la suerte hacerme. Reposa un instante tu pensamiento.

—¡Oh...! y sollozaba de tal suerte que Antonio no pudo contener el torrente de sus lágrimas.

—Mira, María. No sabes cuántos crímenes pode-

mos evitar... He asesinado á un usurero que chupaba la sangre del pobre, y le arrancaba las entrañas. De su casa muchos salian para lanzarse al suicidio. Sobre su frente pesaban tantos crímenes... Compraba la honra de las miserables mujeres, que por salvar de la muerte á su madre ó á su esposo...

—Calla por compasion...

—No; abogemos el mal con la abundancia de bien. Ahí estan las cuentas; aquí el tesoro; Cuánto bien no nos será dado hacer si ocultamente, como la Providencia, devolvemos su ventura á tantas desventuradas familias! Encontré en mi camino una víbora, y la aplasté. Hallé infinitos seres sumidos en la

CIX.

A los pocos dias en humildes bohordillas donde solo se albergaba la miseria, lucía un rayo de luz. Antonio llegaba á la puerta del infeliz víctima de la usura guiado por el libro de cuentas, que arrebató al usu-



Amelia.

tero, y lloviendo allí la felicidad se detenía un instante á escuchar las jubilosas exclamaciones que la esperanza, que iba en pos de sus pasos, arrancaba á los corazones lacerados por la desesperacion y por la miseria. Muchas veces se detenía á la puerta un momento, volvía una jóven ó un niño, pálidos siempre, siempre extenuados á llamarle, diciéndole: Esto no puede ser para nosotros.

—Si, si, es para Vds.

—¿Quién lo envía? Preguntaba el niño.

—El cielo, contestaba Antonio.

Y una oracion que le seguía á todas partes, resonaba en sus oídos, arrancando á sus ojos dulces lágrimas, y á su pecho tiernísimos suspiros.

¡Hacen bien! Esta es la única felicidad reservada á los buenos en la tierra. No hay duda que una lágrima enjugada por la virtud, un dolor curado por la compasion; el quejido del mal ahogado por oculta providencia es uno de esos dulces espectáculos que conmueven al hombre mas dado á la duda y esclarecen su conciencia envuelta en tinieblas y le fuerzan á sacudir las preocupaciones de su desvario y ascender en

alas de la felicidad al cielo, que resplandece siempre con resplandor mas nuevo á nuestros ojos, cuando vemos centellar la virtud, imágen del Eterno aquí en la tierra.

CX.

¡El mundo! Vana palabra que nada significa. Si el culto al placer, el relajamiento de todos los vínculos de familia, la oprobiosa impotencia para producir el bien, el desvariado lujo, manto que no basta á ocultar miserias; los recuerdos de ayer, que nada significan, grandes nombres, que solo sirven de mengua al pigneo que los viste y ostenta sin recordar la historia que le trasmitió para confusion y vergüenza el olvidado deber de ser grande y generoso; las orgias, donde se malgasta la vida, el odio siempre creciente, nacido de la envidia; la intriga extendiendo sus redes, el vicio, levantando con orgullo su cabeza, si todo esto distrae vuestra atencion, y divierte vuestro gusto, penetrad en esos perfumados salones, santuario de tantas beldades deslustradas por el vicio, de tantos hombres ascendidos por la intriga al poder, al goce de todas las delicias y vereis cuanto de dolor oculta esa mentida felicidad de la riqueza. Pero, declárome incompetente para describir estos cuadros, y teniendo á mano algunos fragmentos de las memorias de mi héroe, creo que por ellos llegará el lector á comprender mejor esta tan azarosa de su vida.

CXI.

Dia 1.^o

«Pasar la vida en el olvido, es un crimen. Evaporar en lo recio el fuego, que arde en el pecho, es faltar á la Providencia. Padecer siempre es imposible. Voy á darne al mundo. Lejos de mí, sombras de dolor, que oscureceis mi frente; la carejada del placer me tornará la vida que se apagaba en mi seno. ¿Son las luchas producto de las ideas? ¿Es el pensamiento la esencia del ser? ¿Qué hermoso será vivir entre esas beldades, que como mariposas desprendidas del árbol invisible de la vida, vuelan y se mecen en un océano de luz, desplegando sus matices para enamorar su vista y encender el corazon.»

CXII.

«Me ha llevado Eusebio á casa del conde de Castelnevado. ¡Oh! En vano he pedido goces al baile. Me placia mas dejarme abandonado á las olas, en mi barquilla, oyendo los rumores de la naturaleza. No es la mullida alfombra como el mar. No son los brazos de las hermosas como las olas palpitantes. No relumbran aquellas bujias como el estrellado firmamento en una noche de estío. Ninguno de los brillantes que ornan el pecho de las damas, luce como lucir suele la tímida luciérnaga escondida en el cáliz de una flor. Y aquella música, y aquel ruido, y tanta palabra vana, y tanto cumplido inútil, no es como la sonrisa del labrador, ni como la tierna franqueza del marinero. ¿Cómo traía á las mientes mi ermita, mi adorada virgen con su niño en el regazo, abreviado cielo, do se compendian todas mis aspiraciones, mis dulces ensueños halagados por el susurro de las hojas del bosque, mas plácido á mis oidos que el acento del hombre siempre viciado por extrañas artes y escondidos propósitos, y sobre todo, ¿qué fue de María, ángel de paz que Dios me dió y me arre-

bató el infierno? ¡Y don Braulio ha muerto asesinado y nada he podido saber de María!»

CXIII.

«He hablado esta noche con una jóven hermosísima. Tiene por nombre Amelia. Lo mas interesante de nuestra conversacion ha sido...»

—¿Se divierte V. Amelia?

—No puedo divertirme.

—Tal me sucede.

—¿Sois desgraciado?

—Sí.

—Todos los hombres son desgraciados, y se quejan de vicio.

—No lo creais.

—Mirad como ruedan, ¡con cuánto contento!

Despues callamos y estuvimos largo tiempo contemplando el baile.»

CXIV.

«Los seres felices debian ser por necesidad virtuosos. La marquesa de Castelnevado no puede ver á los pobres. Los cree inferiores en naturaleza á los nobles. No los compadece. Cree que debe guardar su compasion para los reyes.

—Esos si son desgraciados, me decia.

—¿Por qué? Viven de la vida del pueblo. Se gozaban en su orgullo, no les va mucho en las desgracias ajenas, y se creen dioses y como tales superiores al pobre.

—Pero las revoluciones... me decia.

—Suelen siempre ser alimentadas con sangre del pueblo.

—Torpes privilegios le han arrancado su corona.

—¡Oh! los re... no quiero pronunciar la palabra. ¡El pueblo mandándonos á nosotros, nobles!

—No, ¡los nobles confundidos con el pueblo!

—¡Oh! eso no puede ser. Solo en el dia del juicio, podría verse tan extraño caso. No lo dudeis solo en aquel dia podría eso verse...»

—Antes se verá; y rogadlo al cielo, porque asi quizá vuestra clase tenga menores culpas que pagar á Dios.

—Ernesto, si no conociera vuestro natural un tanto estrafalario, provocarianme á ira antes que á risa esas palabras.

—¿No creis el privilegio extremo de la injusticia?

—Antes le creo deber que nos paga cual cumple á la sociedad.

—Señora, Dios nos infundió un mismo espíritu á todos con un soplo de sus labios.

—Pero el mundo...

—Varió impió la ley de Dios.

—Vamos, no me place discutir, Ernesto, verdades tales con vos.

CXV.

—«¡Y pensaba yo, desdichado, encontrar en el placer la vida! Torpe pensamiento! Dios mio. ¿Se han secado las fuentes de tu misericordia? ¿Has retirado de mi ser el soplo de vida que pródigo á todos los seres concediste? El pez solo vive en su elemento, el ave tiene por palacio la atmósfera. El águila se mece feliz en las alturas y se goza en cerner sus alas sobre la nube preñada de tormentas. Y yo, solo yo, no puedo vivir en el mundo, que me diste por viviendo

mi pecho no respira; el espacio es para mí un sepulcro, el cielo mismo pesa como una losa sobre mi frente; me son odiosos los hombres, busco flores, hallo espinas. ¿Dónde os albergais, astros resplandecientes, seres de la creacion, sol y luna? ¿En qué copa de oro guarda Dios el nectar delicioso de la vida? He habitado los campos y suspiraba en aquella sazón por la sociedad, vivo en el mundo y gusto de apartarme de los hombres, me refugio en mi pensamiento, me rodean espesísimas tinieblas, llamo á Dios, y me respode la duda.

CXVI.

Hoy he vuelto á ver á la hermosa Amelia. Su pálida faz muestra que secreto dolor corroe su corazon. En esas brillantísimas reuniones, do tantos objetos pueden distraer la vista, y tantos murmullos halagar el oido de una jóven se presenta absorbida en su pensamiento, agena al mundo, que la cerca. Solo cuando me aproximó parece como que respira segura de que puedo comprender la inmensa pesadumbre de sus dolores. En todas partes se levanta como pálido espectro el dolor. Parece que debiera alejarse de esos brillantes salones. Allí se cierne tambien sin que sean parte las plácidas armonías para ahuyentarlo. Amelia tiene suma gracia. Su cabello negro, sus ojos rasgados su ancha frente, su melancólica sonrisa, sus prendas, que me enamoraran, si yo como Satan, no estuviese imposibilitado de curar. ¡Oh! siempre vamos en pos del desengaño, siempre. Está escondido en la flor de la vida. No bastan las lágrimas, es necesario ahogarlo y para ahogarlo es necesario ahogar el corazon. ¡María! ¿Por qué me enseñaste á amar? ¿Por qué te apareciste sonriendo ante mis ojos, cual si hubieras sido misteriosa encarnacion de la divina idea, que flotaba en mi conciencia? Amelia, María, Eugenia, estais imposibilitadas, si, imposibilitadas de producir la felicidad: no sois la vida. La vida no está en el mundo. Campos esmaltados de flores, no hay en vuestro inmenso espacio aire para respirar; salones tapizados de seda, no hay en vuestro recinto, ni aunque con mil bujias os iluminen, un rayo de luz para esclarecer la negra noche de mi conciencia; amor, divino amor, no guardas entre tus misterios el santo misterio de la vida.»

CXVII.

«La historia de Amelia es tristísima. La guardaré en mi libro de memorias. Voy á ver si la recuerdo tal como la contaba, can aquel acento inimitable de candidez que me encanta.

HISTORIA DE AMELIA.

«Yo vivia feliz: nada sabia de los misterios del mundo; jamás habia soñado con el amor: educada en un antiguo castillo de Francia, pasé los primeros dias de mi niñez, cuidando de mis flores, que me enamoraban y de mis palomas que de puro contento me volvian el seso. Algunas veces desde las elevadas almenas miraba á lo lejos el mar confundido con el horizonte como un celeste y hermoso tabernáculo, donde se oculta Dios. Asi cuando algun sentimiento se levantaba en mi corazon, lo confundia con el amor que me inspiraban aquellos tiernísimos objetos de mi cariño. Nunca pensara de otra suerte, nunca. Feliz con mis ilusiones mi vida hubiera sido como dulcísimo ensueño. Pero la suerte quiso hacerme probar la

huel de la desgracia. Un jóven venido de París, un primo mio, oscureció la felicidad que poseia mi alma. Era instruido y elegante. Su instruccion, sin embargo, le perdia; mostrábase compasivo con la desgracia y dado á consolarla; pero su compasion le llevó al crimen. Poseia todas las bellas artes, las amaba, pero contra lo debido, las bellas artes jamás lograron entener su alma. Preciábase de sensible; la sensibilidad era muy grande para la humanidad, muy pequeña para el hombre. No habia en aquella sazón amado aun. Y era verdad, porque no podia caber en su corazon el amar á una mujer. Llegó y me rindió su corazon; no queria creerlo y secreta inclinacion me forzaba á gozarme en su recuerdo. ¿Cómo podia desahirme de los lazos que para prender mi corazon tendia? ¡Imposible! Mi alma aspiró alborozada el aliento del amor; imaginé que la eternidad habia prestado vida a mi corazon, y Dios mismo á mi amor espléndidos matices. Sus cartas, sus palabras, sus canciones, me halagaban; sin embargo, no osaba yo oír sus quejas. Aunque mi corazon ardía en amor, un instinto superior á mi corazon me forzaba á sellar con reiterado silencio mi pasion. Holgábame en mi fortaleza aunque creida de las palabras de mi primo, me dolian en el alma sus amargas quejas.

«Aun recuerdo la conversacion del dia en que por fin rendida oí las palabras de sus labios. Estábamos á orillas del mar; el sol se habia hundido en el ocaso, teniendo con purpúreos reflejos el horizonte como en recuerdo de sus amores. Algunas estrellas, como ángeles perdidos en el espacio, desplegaban sus alas de luz en el azul desierto de los cielos. La brisa arrancaba melancólicos susurros á los bosques, susurros parecidos al eco de mística oracion. Las azucenas y las rosas tendidas á nuestras plantas escondian en sus hojas luciérnagas que se asemejaban á hermosas estrellas descendidas del cielo, y ocultas para escuchar nuestros amores en las sombras del vicioso follage.

—Mira: todo anuncia amor, me dijo.

—¡Vana palabra! contestéle.

—Quizá sea asi para los seres desposeidos de alma.

—¿Tal me juzgas?

—Me abona tu sentir.

—No me comprendes. Temo que amor, por grande no se albergue en nuestro pequeño mundo.

—¿Tal me juzgas? dijo Alberto.

—Achaque de tu orgullo seria estimarse por tales palabras ofendido.

—¿No te he dicho que hay en mi corazon un mundo mas grande que este mundo, y un cielo mas inmenso que ese cielo!

—Que me place.

—¿No me preguntas de quién es mi corazon?

—No quieres decírmelo.

—Deseo que me lo preguntes.

—No haré tal.

—¿La razon que te abona para que tan poco te vaya en conocer mi corazon?

—La callo.

—La exijo.

—No tienes derecho.

—¿Como eres osada á desconocerlo?

—¿Y como tú osado á penetrar en mis intenciones?

—¿Me interesan tanto!

—No lo creo.

—Haces mal, porque despues de tantas pruebas, dudar aun es como si dudáramos de que Dios existe despues de haber contemplado este hermoso espectáculo.

—Si no fuera ageno de mi sexo diríate que...

—¿Qué?

—Que temo preguntártelo.

—Tuyo es mi corazon; y cayó de hinojos á mis plantas.

Callé y despues de un instante lancé una carcajada.